



Historia-ficción de las excavaciones arqueológicas realizadas por la venusiana Universidad de Yale-3 en un antiguo rincón terrestre que se llamó España (corre el año 2276).

● Introducción

En 2276, la Universidad de Yale-3, localizable en Curtis Le May City, capital de Venus, enviará una expedición de arqueólogos a un antiguo territorio situado, aproximadamente, en el punto de confluencia del Mediterráneo con el océano Atlántico. Se trata de una península abandonada, prácticamente convertida en una marisma por el Plan de Tránsito del Cantábrico al Mediterráneo. Este plan se propuso convertir a España en un atolón para duplicar el número de costas y que aumentara la afluencia turística. Fue acometido, aproximadamente, hacia 1998, y en la apertura del primer chorro de agua una autoridad competente dijo: «Hace cien años hoy, por culpa del mar, el Impe-

rio español dejaba de existir. Aquel acontecimiento fue el principio del fin de una conciencia de lo español. Afortunadamente, hoy el mar nos va a devolver la riqueza que nos quitó, y la cepa hispana, enriquecida por la nueva savia salada, dará los más hermosos brotes de Europa. Con este ambicioso plan conseguimos ser el país mundial con más costas, y por lo tanto con más puertos naturales, más bañistas y más bancos sardineiros». (Transcrito del *Celtiberia Show*, Luis Carandell, TRIUNFO, noviembre 1998.)

El plan de inundación del interior de España no se había ultimado porque las Cortes estuvieron diez años discutiendo si el resultado debiera llamarse *Mar Interior de España* o *Mar Interior de Las Españas*. Un 40

por 100 de los diputados eran partidarios de la eficacia tecnológica de la primera denominación. Otro 40 por 100 reivindicaba la exaltación de un glorioso pasado. El 20 por 100 restante (los diputados por el tercio familiar, según las elecciones de 1995) se dividía en distintas tendencias. El diputado de la Asociación Meridional Intransigente opinaba que el mar interior debía llamarse *Mar de la Paz*, y el diputado de la Asociación Democrática de Ex Lectores de Corín Tellado proponía el nombre de: *Mar del Amor Fraternal*. A los nueve años de discusiones, el proyecto se hizo inviable, cuando el nivel de las aguas apenas si había encharcado los alrededores de la meseta, que sobrevivió como una altiplanicie rodeada de mar por todas partes, muy

propensa al reuma. Se hizo inviable porque las corrientes turísticas se orientaban hacia el lunar Mar de la Tranquilidad, y los potentados hablaban y no paraban sobre las excelencias de los balnearios venusianos y la belleza de las nativas tritetadas.

Todo esto se habla sellado y fallado a comienzos de los años 2000, y ahora, en aquella mañana de abril de 2276, el graduado Justin S. Howard penetraba en el derruido caserón de la Hemeroteca Nacional. Uno de los pocos edificios que quedaban en pie del histórico Madrid. Una ciudad que los escolares de Venus veían repetidamente citada en sus libros de Prehistoria, como antiguo centro de comunicación aérea entre otras no menos muertas ciudades del pasado: Londres, París, Roma, Beirut. Justin S. Howard abrió ficheros que dejaron escapar suspiros de polvo secular y mostiaban amarillos papeles de viejas publicaciones españolas. Retorno a la barbarie. Un titular que llamó la atención de Justin. Diario «Pueblo», Madrid, director: Emilio Romero, martes 7 de abril de 1970. ¡Trescientos seis años separaban a Justin de aquellas páginas! Más de cuarenta millones. Otro titular. «Si no aparece ningún otro boleto de catorce resultados, José Díaz Cristóbal cobrará probablemente más de cuarenta millones a las quinielas». «¿Cuarenta millones de qué?», pensó Justin. Pero una estimulación eléctrica que le llegaba desde un control remoto ante cada vacilación informativa le suministró instantáneamente una ficha cerebral sobre el sistema quinielista español en el año 1970, e incluso un panorama, bastante certero, del cúmulo de factores que habían conducido al segundo gol de Uriarte en San Mamés y a la inexplicable derrota del Rayo en Castellón. Justin consideró durante un momento la posibilidad de que si Duñás hubiera dirigido el ataque del Rayo muy otro hubiera podido ser el resultado en Castellón, y José Díaz Cristóbal no hubiera cobrado más de cuarenta millones de pesetas.

Tercera página: Réplica de Areilza a Ciudadano.

Justin, un verdadero enamorado del desaparecido género del Correo del Corazón, permitió que su corazón palpitara con la garantía de una suspensión elec-

trónica. ¡Una correspondencia amorosa en la romántica España de Diego Puerta y don Secundino Gallego, el bedel de los pájaros!

Buscó, pues, la tercera página de «Pueblo», y ante el nombre de Areilza solicitó datos al control remoto. Los datos le dieron la completa semblanza histórica del conde de Motrico, y Justin musitó un valorativo: «¡Hum!».

● El eterno retorno

«Yo no he dicho nunca que la evolución política de nuestro país deba conducir a los modelos "exactos" de las naciones libres de Occidente. He señalado, simplemente, cuáles son, a mi juicio, algunas características fundamentales de esos sistemas democráticos: soberanía nacional, gobiernos libres de opinión, fiscalización parlamentaria del ejecutivo, política que resulte de las tendencias libremente expresadas por la comunidad, ausencia de dogmatismo y de monopolio de la verdad en el gobernante, racionalización del proceso de los problemas nacionales. El articulista de "Pueblo" acepta esos principios y los hace suyos. Me satisface extraordinariamente tan paladina coincidencia».

Justin no comprendía demasiado bien este párrafo. ¿Qué quería decir en 1970 tanta alegría por la coincidencia entre Areilza y «Pueblo» sobre principios implícitos en el contenido teórico de *Le Vieux Cordelier*, hacia 1792? Volvió a consultar la fecha de publicación de aquel ejemplar de «Pueblo». En búsqueda de la fecha, en la misma página tropezó con un lema situado, según su posición, a la derecha del cabezal central:

Todo para el pueblo, pero con el pueblo.

La perplejidad de Justin iba en aumento. Repasó la ficha mental titulada *El Despotismo Ilustrado* y comprobó que, históricamente, había caducado en Occidente hacia mediados del siglo XIX. ¿Cómo podía un diario español de abril de 1970 plantearse la significación del lema definitorio del Despotismo Ilustrado precisamente para rebatirlo? ¿Es que acaso era una declaración de principios contra un Despotismo Ilustrado real, históricamente actuante? ¿Cómo era

posible la supervivencia del Despotismo Ilustrado en España el 7 de abril de 1970?

Justin, con una tenacidad de raza superior (anglosajónico-venusiano, al fin y al cabo), prosiguió en la lectura del artículo de Areilza:

«Pero luego añade que es preciso no olvidar tampoco el control de poder económico, para ponerlo al servicio de la nación; la auténtica igualdad de oportunidades; la socialización precisa de muchos instrumentos de producción y de servicios; la audiencia y presencia política de todos los sectores en la responsabilidad de la vida pública. ¿Y qué hombre político de nuestro tiempo podría desdeñar o enfrentarse con tan razonable conjunto de propósitos que, por mi parte, suscribo enteramente?».

Justin estaba entusiasmado. ¡Qué sibaritas eran los españoles en 1970! ¡Qué riqueza de juego ético-conceptual la suya! Jugaban a tratar de convencerse de la necesidad de la distribución de la riqueza en un momento en que todo el universo capitalista funcionaba movido por la nueva energía del cinismo moral de las oligarquías, subvencionantes de enseñanzas gratuitas nacionales, a costa de la depredación sistemática de las colonias económicas. «¡España era un caso aparte! No tenía colonias, y la oligarquía tendría en cuenta los buenos propósitos del caballeroso Areilza y el ceño intransigente de los sindicalistas de «Pueblo». En cuanto a la socialización de los medios de producción, «la cosa está hecha, macho», decían los oligarcas pertenecientes a la *gauche divine* del Oliver madrileño.

«Ciudadano me clasifica en la derecha, insinuando que mis comentarios apuntan a un liberalismo anticuado y progresista que no tiene en cuenta los necesarios cambios de estructura comunitaria. En efecto, soy de la derecha, de ella procedo y en ella estoy».

«¡Olé!», gritó, electrónicamente e «in mente», Justin S. Howard. ¡Por fin en España alguien se confiesa de derechas! Areilza se iba cargando de simpatía ante los ojos imaginativos del arqueólogo. Lo imaginaba como aquel terrible liberal que se llamó Quintana y que pasó a la Historia Literaria del país por su *Oda a la propagación de la vacuna española en América*.

● Una derecha civilizada

«Pero aspiro a una derecha civilizada, moderna, abierta, que sea, en definitiva, una derecha social. Es decir, que tenga en cuenta las hondas e inevitables mutaciones que el progreso técnico y el desarrollo exigen a la sociedad, tanto en lo que se refiere a la necesaria socialización de sectores como al igualitarismo en la educación y en las oportunidades. Y que, por supuesto, alterne legalmente con la existencia de unas fuerzas de izquierdas auténticas».

Justin ya se había sentado. Creía entender y no entendía nada. Trescientos años le separaban de la lógica política española de 1970. «Este hombre —pensaba Justin— parece como si acabara de descubrir el humanismo democrático». Justin le comparaba con el retrato histórico-político de otros «hombres de derecha» de la Europa de fines del siglo XX. Eran todos ellos profesionales del remiendo tecnológico y profesores de Filosofía Clínica. Eran todos ellos albañiles testamentarios de un orden envejecido desde el 18 Brumario, y, pese a todos ellos, Areilza hablaba de una *derecha social*, como si estuviera redescubriendo el lenguaje político y buscara nuevas significaciones. Como si fuera un político surrealista que desconfiara del lenguaje y recuperara las más primitivas palabras del argot, para orientarse algo en la selva de los significados trucados.

Y todo aquello Areilza quería conseguirlo a través del «... Estado de Derecho democrático apoyado en la soberanía de la



sociedad. De ella, libremente, ha de emanar el conjunto de decisiones que inspire el rumbo de los gobiernos». «¡Ah!, pero —pen-

só Justin—, ¿en 1970 en España todavía no han descubierto el truco de un Estado de Derecho, que precisamente gracias al Derecho mantiene la hegemonía de una clase social sobre otra? Acabáramos. Por eso tanta convulsión interna, tanto pronunciamiento y tanta charanga». Justin daba nerviosos saltos, como intentando comunicar con Areilza a través de aquellos trescientos años de distancia. «¡El Derecho!», gritaba Justin, como Renzo Casadei hubiera podido gritar: «¡La izquierda de Weiland! ¡Cúbrete el hijo!».

«Sobre si partiendo de posiciones interiores, genuinas o "intra muros", como tú gustas de decir, se pueden alcanzar esos horizontes de libertad, convivencia y diálogo, asentados en una aguda y auténtica conciencia social, cada uno tiene su opinión y pronóstico. Los míos son escépticos, sobre todo después de la lectura reciente de ciertos textos periodísticos evocadores de la orilla del Lozoya. Pero quisiera equivocarme. A los que me preguntan si no creo o no deseo que el actual sistema se abra, evolucione, democratice sus instituciones, amplíe sus libertades y se transforme gradualmente en un gobierno libre de opinión a nivel político europeo, les contesto como aquel enfermo descreído que en su lecho de muerte recibía la visita del sacerdote amigo: "Pero usted, ¿no quiere que haya otra vida?", le preguntó el clérigo. "¿Que no quiero? —respondió el moribundo... ¡Lo que no creo es que caiga esa breva!"».

Justin ahora estaba triste, porque, al fin, había visto el sentido de todo lo que le había desconcertado: de la aparente ingenuidad de Areilza, del pie forzado del interlocutor, del lema: **Todo para el pueblo, pero sin el pueblo**. Todo aquello estaba pensado, dicho, escrito, bajo el peso abrumador del miedo. A qué Justin todavía no lo sabía. Pero la parábola del moribundo, en situación de angustia, expectante desconfianza ante la breva de la *derecha civilizada*, le parecía, una vez más, la clave de la posición moral de algunos españoles de 1970 que intentaban, una vez más, subirse al tren de Occidente en una desierta estación, en la que buscaban desesperadamente mozos portadores de las maletas.

Papá, tú antes mucho enseñar la otra cámara,
pero nunca enseñar fotos.
Parecía que con tanto aparato y tanta lente la
encontrabas "algo complicadilla", ¿no?



Instamatic 133 "la cámara que se usa."

A ésta basta dedicarle unos segundos.
En un abrir y cerrar de cámara ya puede
Vd. estar disparando. Siempre está lista.
En interiores, basta encajar un cuboflash.
Con ella sí que se pueden sacar fotos
naturales, sin "poses". La Kodak Insta-
matic 133 inspira seguridad por su sen-
cillez. No impresiona a nadie. Sus resul-
tados, sí.



P.V.P.
1.943 Ptas.

Pídala donde vea este emblema.



● La derecha incivilizada

Miedo a la derecha incivilizada.

Esta era la clave de la cuestión, según informaba el control remoto. Justin se había demorado en demasía por tan nimia cuestión. La expedición arqueológica no podía pararse en aquella historia tan particular y coyuntural de la breva neo-liberal.

Mientras evitaba los cantos más remotos de la escalinata de la Hemeroteca, el arqueólogo recibía a título de información concluyente una larga cita de un autor español de la primera mitad del siglo XX:

«En España —no lo olvidemos— la acción política de tendencia progresista suele ser débil, porque carece de originalidad; es puro mimetismo, que no pasa de simple excitante de la reacción. Se diría que sólo el resorte reaccionario funciona en nuestra maquinaria social con alguna precisión y energía. Los políticos que pretenden gobernar hacia el porvenir deben tener en cuenta la reacción de fondo que sigue en España a todo avance de superficie».

Este texto, de Antonio Machado, se le antojaba aproximadamente certero como diagnóstico femomenológico de la particular dialéctica española. Y ya dispuesto a distraerse de tan parda historia, Justin S. Howard penetró en las ruinas de la que había sido psicodélica cafetería hacia trescientos años. En broma echó una moneda en el «juke-box», y de pronto le sorprendió el acorde de una canción que resucitaba con trescientos años de soledad y silencio sobre sus palabras.

Españolito que vienes al mundo,
te guarde Dios;
una de las dos Españas ha de
[helarte el corazón.

El ritmo era excesivamente rápido. Pese a su cibernética sensibilidad anglosajónico-venusiana, Justin S. Howard intuía que le hubiera convenido más un ritmo lentísimo de nana trémula. Y ya definitivamente, a punto de prescindir del pegadizo tema, se planteó si las madres de 1970 eran lo suficientemente lúcidas como para comprender que era una nana cargada de futuro. ■ Transcripción: VAZQUEZ MONTALBAN.

